

DEVENIRES

Artículos

ARLET BECERRA RODRÍGUEZ Agencia social y enactivismo. Apuntes para pensar la relación entre normas morales y cuerpos

GUSTAVO GARCÍA CONDE Mestizaje y codigofagia: crítica a las categorías raciales desde la semiótica de la cultura

Pensamiento de la izquierda

ADÁN PANDO MORENO La noción de democracia en la agenda de la izquierda socialista mexicana...

EMILIANO MENDOZA SOLÍS Tomás Segovia, una izquierda al margen

Dossier Nuevas críticas del poder

RAINER MAUSFELD El miedo de las élites del poder al pueblo...

DANIEL LOICK Tareas para una teoría crítica del derecho

HAUKE RITZ La dimensión cultural de la Guerra Fría y 1968

Entrevista

BACA / ENRÍQUEZ / CASALES Dimensión hermenéutica del arte y la educación.
Entrevista a Mauricio Beuchot



**Gabriele Geml, *Adornos Kritische Theorie der Zeit*, Alemania:
J.B. Metzler, 2020, 381 pp., ISBN: 978-3-476-05690-0**

OSVALDO MONTERO SALAS
Universidad de Costa Rica

Gabriele Geml nos ofrece una investigación exhaustiva sobre un aspecto poco explorado pero fundamental del pensamiento de Theodor W. Adorno: su concepción de la temporalidad. Se trata de la versión revisada de su tesis doctoral (Universidad de Viena, 2017), ahora publicada como monografía académica. El libro –*La teoría crítica del tiempo en Adorno*, en español– se estructura en cuatro grandes secciones, además de una introducción sustantiva. Geml aborda en detalle la teoría crítica del tiempo implícita en la obra adorniana, articulando dimensiones que van desde la teoría del conocimiento y la filosofía de la historia, hasta la sociología crítica y la estética musical. El estudio parte de un diagnóstico inicial: Adorno nunca escribió un tratado sistemático sobre el tiempo ni pareció tener intención de hacerlo. Incluso, en sus textos de los años 1950 llegó a satirizar la moda de la “metafísica del tiempo” en la filosofía de su época. No obstante –y aquí reside el núcleo de la propuesta de Geml– esa ausencia explícita encubre una presencia decisiva: la atención a las estructuras temporales desempeña un papel central, aunque discretamente velado, en la filosofía de Adorno.

Geml presenta su investigación con un lenguaje claro, situando al lector, desde el comienzo, ante esta aparente paradoja. La Introducción del libro expone el marco general en el que Adorno, pese a sus ironías sobre la “*Zeitmetaphysik*”, estaba profundamente interesado en el fenómeno del tiempo, pero desde un punto de vista muy particular. En lugar de especular sobre una temporalidad abstracta o ahistórica, Adorno se enfocó en cómo el tiempo se inserta en la vida social y en sus mediaciones. Geml se

ñala que, para Adorno, el tiempo no puede entenderse como forma vacía, sino que debe concebirse atendiendo a sus condiciones histórico-sociales de posibilidad. Esta tesis guía todo el libro y constituye su aporte más original, al releer a Adorno desde la categoría de temporalidad, mostrando que su pensamiento crítico tiene un núcleo temporal esencial para comprender su diagnóstico de la modernidad.

El libro se organiza en cuatro partes. La Parte I funciona como introducción teórica y metodológica. Allí, Geml expone las razones de Adorno para evitar una “teoría del tiempo” tradicional. Geml revisa sus objeciones a las filosofías del tiempo existentes (como la de Heidegger, a quien Adorno caricaturiza como un anticuario obsesionado con el relicario del Ser temporal) y plantea la hipótesis central: Adorno forjó una teoría crítica de la temporalidad sin nombrarla como tal. La autora contextualiza esta idea con dos textos reveladores: en 1957, a propósito de la conferencia sobre la lírica de Joseph von Eichendorff, Adorno afirmó que “mientras que la metafísica del tiempo llena de fragor los callejones filosóficos, el tiempo mismo, antaño medido por el curso constante de la vida de los seres humanos, se ha enajenado de éstos; probablemente por eso se habla con tanta vehemencia de él” (p. 17); asimismo, en *Dialéctica negativa* (GS 6, 324-328), Adorno intitula una sección “Des-temporalización del tiempo” para criticar justamente el vaciamiento que sufre el concepto de tiempo cuando se lo abstrae de la historia. Estas referencias, lejos de negar la relevancia del tiempo, delinear negativamente el interés propio de Adorno al mostrar que las teorías filosóficas clásicas trataban el tiempo como algo al margen de la vida práctica, con el correlativo olvido de que nuestras categorías temporales son resultado de procesos sociales e históricos. Geml destaca esta convicción adorniana: el concepto moderno de tiempo –homogéneo, cuantificable, “matematizado”– surgió bajo condiciones histórico-sociales específicas (la modernidad capitalista y su predominio de lo idéntico) y se convirtió en un poder objetivo que rige tanto la sociedad como la subjetividad. En palabras de la autora, Adorno dirigió su atención precisamente al “proceso de mediación sociocultural”, en cuyo seno “el concepto de tiempo, matematizado y definido por la lógica identitaria de la ciencia y la economía, se formó y cobró eficacia social y subjetiva” (pp. 18-19).

La Parte II del libro, “Adorno como lector de la Estética Trascendental”, explora la relación de Adorno con la filosofía de Kant y otras teorías clásicas del tiempo. Geml nos recuerda que Adorno impartió en los años 1950 cursos dedicados a Kant, en los cuales reinterpretó la “Estética Trascendental” (donde Kant definía el tiempo como forma *a priori* de la sensibilidad) a la luz de su propia perspectiva materialista. Adorno reconoce la genialidad de Kant al situar tiempo y espacio en el sujeto trascendental, pero le reprocha haberlos considerado formas fijas y ahistóricas. Geml señala que Adorno buscó “invertir la reducción subjetiva” típica del idealismo; es decir, mostrar que las formas puras de la sensibilidad (tiempo incluido) no brotan exclusivamente del sujeto trascendental, sino que reflejan mediaciones sociales e históricas. En *Dialéctica negativa* Adorno formula esta idea cuando afirma que la filosofía tradicional “ha olvidado la mediación en lo mediador, el sujeto” (GS 6, 178), cosificando al sujeto cognoscente como entidad aislada, cuando en realidad tanto el sujeto con sus formas de experiencia (como la temporalidad) están atravesados por la sociedad. Para profundizar este argumento, Geml muestra cómo Adorno entronca críticamente con una línea sociológica de pensamiento, y dedica una subsección a Émile Durkheim, quien, ya en 1912, sugería que las formas de la intuición y las categorías del conocimiento (incluida la de tiempo) son derivables de condiciones sociales o culturales. Adorno coincidía parcialmente con Durkheim en que conceptos como “tiempo” son producto de una objetivación colectiva, pero le reprochaba una recaída en un puro sociologismo reduccionista, al obviar lo no deducible socialmente. La autora ilustra esto con la propia terminología de Adorno, y habla de la necesidad de mediar lo socialmente constituido con la subjetividad mediadora: “la mediación en lo mediador”. En este segmento se introducen también reflexiones de Cornelius Castoriadis, cuyo libro *La institución imaginaria de la sociedad* (1975) complementa la intuición adorniana al describir cómo cada sociedad instituye su propio régimen temporal. Gracias a este diálogo con Castoriadis, Geml explicita ideas que en Adorno permanecían tácitas: por ejemplo, que incluso categorías aparentemente “naturales” como la irreversibilidad del tiempo pueden configurarse culturalmente (piénsese en concepciones cíclicas del tiempo en diversas culturas). La conclusión

de la Parte II es que Adorno, aunque crítico con la metafísica del tiempo, reconceptualiza la temporalidad trascendental de Kant al tensionarla con términos histórico-sociales, sin reducirla a ellos. El tiempo es, para él, una forma mediada por la praxis social, tan fundamental que opera de modo casi invisible. Este desplazamiento teórico es uno de los aportes más originales que Geml atribuye a Adorno y que su libro esclarece con rigor.

La Parte III, titulada con la cita “El más profundo sedimento de la relación de dominio en la conciencia”, constituye el núcleo socio-filosófico de la obra. Aquí Geml analiza cómo Adorno entiende la experiencia temporal en las sociedades modernas bajo el capitalismo tardío. La frase que da título a la sección proviene de un texto póstumo de Adorno de 1942 intitulado *El esquema de la cultura de masas* (continuación del capítulo sobre industria cultural de *Dialéctica de la Ilustración*) y publicado en 1981 en las *Obras completas*). Allí, Adorno define el tiempo empírico —es decir, el tiempo vivido en la sociedad de intercambio— como “el sedimento más profundo de la relación de dominio en la conciencia”. Geml destaca la contundencia de esta afirmación, que sugiere que la vivencia temporal está impregnada por estructuras de poder y de subordinación abstractas, propias del orden social. El tiempo homogéneo y cuantificado actúa como un esquema invisible que disciplina la conciencia, penetrando hasta lo más hondo de nuestra subjetividad. Esta tesis se vuelve inteligible si recordamos, como hace Geml, la triada crítica central para Adorno y Horkheimer: el dominio de la naturaleza, el dominio social (de unos seres humanos sobre otros) y la autodominación del sujeto, que están intrínsecamente vinculados. El concepto de tiempo se ubica precisamente en la intersección de esos ámbitos, siendo la modernidad capitalista la que ha forjado totalitariamente un tiempo abstracto (medido en unidades de valor, en horas de trabajo, en cronogramas eficientes) que sirve tanto para dominar la naturaleza (vía la técnica y la sincronización científica) como para perpetuar relaciones de dominación social (vía la disciplina fabril, la puntualidad impuesta, el “tiempo es dinero”). De hecho, Geml recupera una observación temprana de Adorno en una carta de 1932 a Ernst Krenek: “bajo el capitalismo, hay más que el mero ‘por dinero’; es decir, [importa] la totalidad de un proceso social definido por el tiempo de trabajo abstracto como unidad

de intercambio” (p. 21). Esta alusión a la célebre máxima de Benjamin Franklin, “el tiempo es dinero”, resulta clave, de modo que Geml la usa para subrayar que, en la óptica de Adorno, la equivalencia tiempo-dinero no es un simple refrán económico, sino el fundamento de una forma históricamente específica de organización y conciencia temporal. En otras palabras, la temporalidad bajo el capitalismo se cosifica, volviéndose una segunda naturaleza que se da por sentada, cuando, en realidad, es producto de relaciones sociales (mercantiles) determinadas.

Geml no se limita a parafrasear a Adorno, sino que también dialoga con teorías sociales contemporáneas para actualizar el análisis. En el capítulo III.2, por ejemplo, introduce los debates actuales sobre la aceleración, el *burnout* y el estrés temporal: incorpora los aportes de Hartmut Rosa (y su proyecto de una teoría crítica de la aceleración) y de Richard Sennett sobre la flexibilización laboral. Con ello, la autora contrasta la perspectiva de Adorno con fenómenos de nuestro presente. Rosa ha señalado la paradoja contemporánea de que “no tenemos tiempo, pese a ganarlo en abundancia” con las nuevas tecnologías. Sennett, por su parte, describe la sensación de deriva temporal en economías cortoplacistas, donde la planificación de larga data se desvanece. Geml utiliza estos diagnósticos para iluminar la vigencia de las intuiciones de Adorno, mostrando, por ejemplo, cómo Adorno ya vislumbraba la lógica de la sobrecarga temporal y la eficiencia compulsiva propias del capitalismo tardío, aun si no empleaba el mismo vocabulario. Adorno hablaba de la “aceleración de la historia hasta alcanzar una velocidad supersónica” (p. 40), y de la fatiga que esto produce en los individuos, ideas que Geml relaciona con el “discurso del agotamiento” actual (como el aumento de trastornos ligados al estrés). Este ejercicio comparativo resulta muy fructífero, pues, siguiendo un método adorniano (de hecho, inspirado en una indicación del propio Adorno, quien sugería arrojar luz sobre el pasado a partir de los fenómenos más recientes), Geml primero explora la estructura temporal de la sociedad contemporánea y, luego, con ese lente, reinterpreta textos de Adorno de mediados del siglo XX. El resultado es doble, ya que, por un lado, aporta una lectura fresca de Adorno (detectando, por ejemplo, ausencias conceptuales elocuentes: Geml resalta términos que *no* aparecen en los escritos de

Adorno –como “estrés” o “aceleración”– para analizar qué categorías equivalentes manejaba él en su lugar) y, por otro lado, reivindica la actualidad del enfoque adorniano, capaz de nutrir críticamente nuestra comprensión de la experiencia temporal en el capitalismo avanzado.

Dentro de la Parte III, Geml también realiza un valioso trabajo de historia intelectual, situando a Adorno en diálogo con figuras como Georg Lukács y Max Weber. La sección III.5 examina la teoría de la cosificación de Lukács y el análisis weberiano del “espíritu” del capitalismo, para trazar los antecedentes y las afinidades de la crítica adorniana del tiempo. En efecto, Lukács había destacado en 1923 que en la sociedad capitalista “incluso el tiempo –así como las relaciones y las personas– adquiere carácter de cosa”, vinculando la cosificación de la experiencia temporal con la generalización de la forma mercancía. Weber, por su parte, analizó la racionalización del tiempo en el ascetismo protestante (el famoso surgimiento de la ética del trabajo disciplinado y puntual). Geml muestra cómo Adorno retoma críticamente estas fuentes, heredando de Lukács la idea de que el tiempo abstracto es parte del “reencantamiento” capitalista, y, de Weber, críticamente, la idea de la moral puritana del ahorro de tiempo –lo que él mismo satirizó como la “economía del ahorro de felicidad” en una de sus conferencias–. Estos pasajes comparativos enriquecen la reseña histórica del problema y ayudan a Geml a argumentar que Adorno, aun sin ser historiador empírico, desarrolló una filosofía de la historia muy pendiente de la temporalidad. De hecho, Geml discute la injusta imagen de Adorno como un pesimista histórico, citando el estudio de Peggy Breitenstein, que señala que en la filosofía de la historia adorniana hay también una tendencia utópica digna de mención. Adorno insistió en mantener abierta la posibilidad del cambio frente a lo dado por la historia, de modo que leer la realidad como proceso era para él un gesto emancipatorio. Geml enfatiza este aspecto esperanzador, matizando la interpretación tradicional y, aunque Adorno veía la historia del siglo XX inmersa en el dolor y la barbarie (tras Auschwitz y la “maldición” del mundo administrado), destaca que jamás renunció a las ideas de que lo dado es mutable y de que la conciencia de esa historicidad es ya un primer paso hacia la libertad. Aquí la autora propone una reflexión filosófica sutil: la crítica de la temporalidad

cosificada en Adorno no conduce a un nihilismo paralizante, sino a buscar fisuras de posibilidad dentro del tiempo histórico, por mínimas que sean.

Finalmente, la Parte IV del libro se adentra en el terreno de la estética musical, examinando las estructuras temporales y la experiencia del tiempo en la obra de Schubert, Beethoven, Mahler y otros músicos. Este apartado corona la investigación tejiendo todos los hilos anteriores en un caso concreto: la música, considerada por Adorno como el arte temporal por excelencia. Geml recuerda que la música ocupó un lugar privilegiado en la labor intelectual de Adorno (quien dedicó miles de páginas al análisis musical), no solo como tema especializado, sino también como influencia en su modo de pensar y de escribir la filosofía misma. De hecho, Adorno llegó a afirmar en *Dialéctica negativa* que:

la filosofía tendría no que reducirse a categorías, sino solo que componerse en cierto sentido. En su progresión debe renovarse incesantemente, por su propia fuerza tanto como por la fricción con aquello por lo que se mide; lo que decide es lo que en ella se compone, no una tesis o posición. (GS 6, 44)

Lo anterior sugiere que la composición —la forma temporal interna de la argumentación— es crucial para el contenido filosófico. Geml toma en serio esta indicación e interpreta la escritura de Adorno *cuasi* “musicalmente”, atendiendo a su ritmo y a su movimiento conceptual como parte de su crítica del tiempo. En el capítulo IV, sin embargo, el protagonismo vuelve a la música misma. Geml analiza el ensayo temprano de Adorno sobre Schubert (1928) y lo contrasta con sus escritos tardíos, como la *Teoría estética* y los fragmentos posteriores sobre Beethoven y Mahler. El objetivo es mostrar cómo Adorno elabora una teoría del tiempo estético en paralelo a su teoría social. Schubert, a quien Adorno valoraba por su aparente “ingenuidad”, le sirve para explorar un tiempo musical distinto del modelo heroico-sinfónico de Beethoven. Según Geml, Adorno identifica en Schubert un tiempo extenso, espacializado, hecho de repeticiones y paisajes sonoros, frente al tiempo intensivo y direccional de Beethoven. Esta contraposición, que Adorno formula al hablar de la “vertical luciferina” de Beethoven versus el “paisaje circular” de Schubert, ilustra cómo las obras musicales encarnan distintas experiencias temporales históricas.

A propósito de la “vertical luciferina”, Geml (pp. 305 y ss.) menciona que esta concepción puede asociarse a la velocidad rectilínea de los ferrocarriles y al concepto goethiano de lo “veloziferiano”, que Adorno sin duda conocía por su lectura de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, obra tardía de Goethe donde aparece el término “veloziferiano”, en el que parecen amalgamarse velocidad (*velocitas*) y Lucifer, precisamente para mofar el desbordante exceso de novedades producidas y difundidas a ritmo vertiginoso. El vector rectilíneo y ascensional de esa velocidad moderna resuena con la “vertical” beethoveniana, mientras que el “paisaje” schubertiano despliega una temporalidad extensiva y demorada, más afín a la resistencia de lo menor y lo repetitivo.

Geml expone con minuciosidad musicológica observaciones adornianas que van desde la estructura sonata y el ritmo, hasta metáforas como los “farolillos que la música cuelga en el tiempo del individuo” o la imagen del “cristal radiante” en la que el tiempo se congela, de Henri Bergson, a las que dedica un excursus (pp. 279 y ss.), para poder puntualizar los conceptos de *temps espace* y *temps durée* del filósofo francés y su relación con la música tal y como la interpreta Adorno. Cada análisis estético va acompañado de reflexiones teóricas: por ejemplo, se incluye otro excursus (pp. 247 y ss.) sobre las notas de Adorno en *Dialéctica de la Ilustración y Minima Moralia* acerca del ritmo y el compás, mostrando que, incluso en su crítica social, Adorno empleaba categorías temporales tomadas de la música. La sección concluye con consideraciones sobre la “intencionalidad sin intención” en el arte de Schubert, que Adorno valoraba como expresión de una temporalidad no teleológica, casi utópica por su falta de finalidad explícita. En suma, la Parte IV refuerza la tesis global de Geml: la estética adorniana –y, en particular, su filosofía de la música– es inseparable de su teoría del tiempo. Las obras de arte, para Adorno, son “historiografía inconsciente de su época” (GS 7, 272) y registran, en su forma, las transformaciones de la experiencia temporal colectiva. Así, la investigación de Geml cierra el círculo: lo que comenzó como una indagación filosófica abstracta sobre la categoría del tiempo, aterriza en la materialidad sensible de la música, confirmando, en el nivel de la experiencia estética, aquello que la teoría crítica diagnostica en el nivel social.

La monografía de Gabriele Geml es, sin duda, un aporte sobresaliente a los estudios filosóficos sobre el tiempo y a la teoría crítica contemporánea. Su principal logro radica en haber identificado la temporalidad como clave hermenéutica para interpretar el corpus de Adorno, desplegando un análisis multidimensional sin perder el hilo conductor. La autora demuestra un dominio destacado de la obra adorniana, abarcando desde los textos canónicos (*Dialéctica de la Ilustración*, *Minima moralia*, *Dialéctica negativa*, *Teoría estética*) hasta escritos menos conocidos (apuntes inéditos, cursos, conferencias y correspondencia). Al mismo tiempo, su lectura es conceptualmente rigurosa y creativa, de modo que no se contenta con resumir a Adorno, sino que reconstruye una “teoría crítica del tiempo” allí donde el propio Adorno solo la había insinuado fragmentariamente. Esta reconstrucción supone un esfuerzo interpretativo original y arriesgado, pero el resultado es convincente. La autora consigue articular las piezas dispersas –desde la crítica a Kant, pasando por la sociología del trabajo, hasta la estética musical– en una constelación teórica coherente, mostrando que todas giran en torno a un eje común: la experiencia temporal bajo condiciones de modernidad avanzada.

Un aspecto especialmente meritorio es la manera en la que Geml contextualiza y contrasta el pensamiento de Adorno con otras corrientes. Por un lado, inserta a Adorno en un diálogo fecundo con sus predecesores y contemporáneos, como Kant, Hegel, Marx, Bergson, Lukács, Weber, Benjamin y Heidegger, que van apareciendo en el texto no simplemente a través de citas aisladas, sino como interlocutores necesarios para clarificar qué toma y qué rechaza Adorno de la tradición. Por ejemplo, su discusión sobre Bergson en la sección de la “des-temporalización del tiempo” muestra que Adorno, aun apreciando el dinamismo vitalista de Bergson, cuestiona su olvido de la dimensión histórica del tiempo vivido. De igual modo, la comparación con Lukács y Weber enriquece la comprensión de las raíces del pensamiento social de Adorno sobre el tiempo. Por otro lado, Geml proyecta esa discusión hacia adelante, dialogando con teóricos posteriores (Castoriadis, Rosa, Sennett e, incluso, Foucault) para evaluar la actualidad de Adorno. Esta doble estrategia –histórica y actual– realza la profundidad de la investigación. Permite apreciar a Adorno como un pen-

sador inserto en una genealogía de la crítica del tiempo, a la vez que vigente para examinar fenómenos actuales (precarización temporal, aceleración social, *burnout*, entre otros).

En términos de aportación original, la autora subraya algo que la investigación previa solo había insinuado de modo parcial. Es cierto que algunos estudios anteriores notaron la importancia de la temporalidad en ámbitos específicos de la obra adorniana –por ejemplo, Richard Klein en la filosofía de la música, o Norbert Zimmermann respecto al concepto estético de “instante”–. Sin embargo, esos trabajos habían quedado circunscritos a ámbitos particulares, pues Klein hablaba de la “tiempo, centro omitido” en la musicología de Adorno, mientras Zimmermann examinó “el instante estético” en el arte, junto con algunos otros autores que trataron la filosofía de la historia de Adorno (como Peggy Breitenstein). Faltaba una visión de conjunto. Geml llena ese vacío ofreciendo la primera síntesis sistemática de la teoría adorniana del tiempo atravesando todos los dominios de su pensamiento. En este sentido, la originalidad del libro es innegable: tras su lectura, es difícil volver a leer a Adorno solo como filósofo de la estética o de la dialéctica negativa, sin reconocer que subyace en su obra una preocupación constante por la forma en la que el tiempo moldea la existencia moderna. Geml logra, así, reposicionar a Adorno en el panorama de la teoría crítica, revelándolo –por paradójico que suene– como teórico del tiempo. La propia autora cita a Klein para resumirlo: “el tiempo es el problema central de la filosofía de Adorno y a la vez su centro omitido” (p. 44). Su investigación viene a ocupar ese centro con un análisis detallado y penetrante.

Desde una perspectiva crítica, cabe preguntarse si hay limitaciones o aspectos debatibles en la obra de Geml. Un posible punto discutible es el alcance histórico-cultural del análisis, pues debido a que Adorno se centró principalmente en la tradición occidental (europea, ilustrada y moderna), el libro hereda ese sesgo. La propia Geml reconoce la “notable estrechez del canon adorniano” en términos de referencias temporales y artísticas fuera de Europa (pp. 24-25). Adorno prácticamente no consideró otras músicas que no fueran la clásica occidental hasta el siglo XIX (con excepciones contadas, como su abordaje del jazz, generalmente crítico). Geml

señala con razón que esto delimita la concepción histórica de Adorno, tornando su filosofía del arte, en el fondo, como una teoría de la autonomía del arte europeo desde el siglo XVIII. Esta constatación es importante, aunque la autora no la problematiza extensamente más allá de mencionarla. Quizá un lector podría echar en falta una reflexión más amplia sobre qué implicaría extender la teoría crítica del tiempo a otras cosmovisiones temporales (por ejemplo, temporalidades indígenas, orientales, africanas, etc.). No obstante, sería injusto exigir eso a Geml, dado que su propósito fue exegético y reconstructivo respecto de Adorno, no una crítica cultural comparativa. En todo caso, ella cumple con honestidad al subrayar ese límite inherente a la fuente analizada.

Otra posible crítica menor tiene que ver con la estructura y densidad del texto. Al provenir de una tesis doctoral muy completa, algunos tramos del libro pueden resultar abrumadores por la cantidad de subapartados y referencias. Por ejemplo, la sección sobre Schubert y Beethoven incorpora análisis musicológicos detallados (como la discusión sobre la forma sonata, las *Lieder* o motivos específicos en partituras) que tal vez excedan la paciencia de un lector interesado principalmente en la teoría social o filosófica. Sin embargo, este nivel de detalle será apreciado por especialistas en estética y música; y, en defensa de Geml, puede decirse que estos análisis sirven para anclar empíricamente sus puntos teóricos. A fin de cuentas, la pluralidad de enfoques (filosófico, sociológico, histórico, estético) es una fortaleza del libro, aunque imponga un esfuerzo al lector. La prosa de Geml, por suerte, es clara y fluida, sin jerga innecesaria, lo que facilita transitar por capítulos conceptualmente complejos o especializados.

La publicación de *Adornos Kritische Theorie der Zeit* es muy oportuna y valiosa para los estudios de teoría crítica actuales. En un mundo marcado por la aceleración tecnológica, la precarización del tiempo de trabajo, la sensación de “no tener tiempo” crónica y las crisis que reconfiguran nuestra experiencia temporal (desde el cambio climático hasta la pandemia global, que alteró rutinas temporales en todo el planeta), volver la mirada hacia Adorno bajo la óptica de la temporalidad resulta sumamente fecundo. El libro de Geml pone de relieve la vigencia del pensamiento adorniano para entender estos fenómenos. Su lectura sugiere que muchas

patologías contemporáneas del tiempo (estrés, hiperactividad vacía, obsolescencia programada de experiencias, pérdida de memoria histórica) ya estaban prefiguradas en la crítica de la razón instrumental y del tiempo abstracto que Adorno formuló hace décadas. Al enfatizar la centralidad de la categoría de tiempo, Geml ayuda a tender puentes entre la teoría crítica clásica y corrientes recientes como la teoría de la aceleración (Rosa), los estudios sobre capitalismo flexible (Sennett) o incluso las discusiones sobre la posmodernidad y el fin de la historia. Adorno, leído desde el tiempo, se muestra más pertinente que nunca, pues provee herramientas para desnudar la ideología temporal del presente que nos hace creer que el ritmo frenético e irreversible de la vida es algo natural e inevitable, cuando, en verdad, es históricamente producido y, por tanto, susceptible de superar. Una contribución, en suma, que busca despertar la conciencia histórica y abrirla a la transformación, haciendo honor a la mejor tradición de la teoría crítica.

Referencias

- GS 6. Adorno, Th. W. (1973). *Negative Dialektik. Jargon der Eigentlichkeit. Gesammelte Schriften* 6. Suhrkamp.
- GS 7. Adorno, Th. W. (1970). *Ästhetische Theorie. Gesammelte Schriften* 7. Suhrkamp.